

# Mi encuentro con la educación como práctica de la libertad

Ana María Méndez Puga

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo | Morelia, México

Este testimonio autobiográfico en relación con mi acercamiento y posterior profundización de las teorías psicopedagógicas de Paulo Freire, en palabras de Anastasio Ovejero, tiene un objetivo de celebración de ese encuentro y de las posibilidades que generó en mi posterior compromiso con el trabajo educativo en zonas rurales, desde el Consejo Nacional de Fomento Educativo (CONAFE).

Como estudiantes de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), un grupo de compañeras y yo tuvimos una experiencia singular y muy enriquecedora: vivimos en una comunidad nahua por un mes. Hicimos trabajo etnográfico y compartimos la vida con la comunidad, sorprendiéndonos de todo, tratando de participar en la cotidianidad. Las actividades las condujo Arturo Ornelas, quien coordinaba la investigación; en realidad hicimos más actividades con la comunidad que discusiones académicas, pero al concluir revaloramos lo aprendido y releímos a Paulo Freire, porque si bien lo habíamos revisado, no habíamos entendido la profundidad de varios de sus postulados.

En 1984 estábamos por concluir la formación como licenciadas en psicología desde una diversidad de posturas ante esa disciplina; habíamos leído a los psicoanalistas, a algunos más que a otros; también a algunos conductistas y ya habíamos tenido, no con mucha pasión, pero sí con mucho compromiso social, la discusión epistémica de qué psicología asumir. Algunos profesores nos habían convocado a leer a Paulo Freire y con ello visualizamos otras posibilidades de hacer psicología. Sin saberlo, tal vez estábamos en esa perspectiva que Ovejero nombra psicopedagógica.

Así pues, sin tener claro qué rumbo tomar y desde dónde hacer psicología, además de repensar la experiencia con la comunidad nahua, fui invitada por Arturo Ornelas a una conferencia con Paulo Freire, junto con mis dos compañeras de clase y amigas más cercanas y con quienes había leído la *Pedagogía del oprimido*.

La escuela de psicología de ese tiempo en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos era pequeña; compartíamos un auditorio con la es-

cuela de Medicina y también con los estudiantes de Horticultura ambiental, pero la conferencia no fue ahí; fue en un elegante auditorio de la UNAM en el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias que estaba nuevo. Llegamos temprano, nos instalamos justo frente a donde se sentaron Arturo Ornelas y Paulo Freire.

Freire estaba contento, sonriendo todo el tiempo; nos veía con cariño, dijo estar muy feliz de estar entre estudiantes, nos dio consejos de la importancia de estudiar. Arturo, vestido con su chaleco de lana, Freire con un saco informal, con sus brazos cruzados frente al pecho y con su clásica barba muy cuidada. Se veía jovial y viejo al mismo tiempo, como las “personas de conocimiento”; mostraba en su expresión y amabilidad un saber y experiencia de vida que le permitía estar con nosotras y hacernos un lugar de compañeras.

Se hizo la presentación de Freire, aunque no la necesitaba; todas las personas que estábamos en el auditorio sabíamos quién era y conocíamos su compromiso con los desheredados, su apuesta por la educación, la relevancia de aprender a leer el mundo y, a partir de esa comprensión, leer los textos; y sabíamos, desde luego, la importancia del diálogo, comprendido no como una concesión de las y los docentes hacia el estudiantado, sino como un proceso horizontal en el que cada persona contribuye, escucha, aporta y cuestiona para lograr, así, construir conocimiento en colectivo.

Escuchamos expectantes sus reflexiones y algunas propuestas, recordando, mientras él hablaba, nuestras conversaciones sobre la educación como una posibilidad de liberación, de trascender los entornos. Una palabra que él y varios más mencionaron fue “compromiso”; también insistió en la relevancia de nuestro privilegio como estudiantes y la importancia de no dejar de lado a las personas en condición de pobreza y exclusión. Señaló cómo las universidades públicas tendrían que estar comprometidas con una educación para todas y todos. Y, desde luego, insistió en que habría que fortalecer los procesos educativos con las personas adultas a quienes se había conculcado su derecho a la educación.

Freire había estado antes en México, había compartido con Iván Illich algunos momentos, al igual que con otros intelectuales de esa época que vivían en Cuernavaca. Comentó un poco del cariño por nuestro país y de las semejanzas con Brasil en términos de desigualdad. Así que también fue una clase, pequeña, pero relevante al poder escuchar de su propia voz algunos postulados sobre el trabajo colectivo y los procesos de educación y co-construcción del conocimiento.

Al concluir la plática salimos muy animadas, tomamos fotografías, con Freire y sin él, nos firmó libros y nos abrazamos con cariño. Fue un momento de escucha y reflexión porque no hubo tiempo de muchas preguntas, pero fue relevante compartirlo con alguien a quien habíamos leído.

Esa experiencia, al igual que el intenso trabajo de campo que realizamos en varias comunidades de Morelos, fueron generando condiciones y posibilidades para trabajar con las personas y para aprender con ellas y ellos, de tal suerte que en 1985 ingresé a trabajar en el CONAFE. Ahí, resurgió la idea de fortalecer esa educación dialógica. Había condiciones para intentarlo: las propuestas del Manual del Instructor Comunitario, la organización y los contenidos de la capacitación para los instructores y tutores, así como el trabajo con padres y madres de familia y el equipo de colegas con el que trabajaba en la Delegación Michoacán, hicieron posible una experiencia que aún añoramos cuando nos reunimos extrabajadores del CONAFE.

Con los años, mi paso por el Centro de Cooperación Regional para la Educación de los Adultos en América Latina y el Caribe (CREFAL) en los años noventa me llevó a la relectura de varios textos y experiencias de Freire a la luz de nuevos aportes para la educación con personas jóvenes y adultas. Una de esas relecturas se relaciona con la idea de que todos aprendemos de todos y la importancia de valorar los saberes, así como de fortalecer con las personas esta misma idea. No siempre lo logro, pero casi siempre asumo la docencia desde ese horizonte de posibilidad.

Ahora bien, al igual que los textos me han mostrado algunas perspectivas, también lo han hecho las personas y los contextos. Por ello, en mi práctica investigativa he buscado, en conjunto con otros, generar condiciones para que las personas se asuman como sujetos de aprendizaje.

Finalmente, cierro este breve testimonio de ese encuentro de hace más de 35 años subrayando la importancia de repensar las fronteras de las ciencias humanas y sociales, porque si es posible una psicopedagogía, es en la práctica en la que se constituye, desde condiciones que hagan más sutiles las fronteras entre las disciplinas y que fortalezcan la posibilidad de pensar y transformar el mundo desde otras perspectivas.

### **Lecturas sugeridas**

OVEJERO, ANASTASIO (1997), "Paulo Freire y la psicopedagogía de la liberación", *Psicothema*, vol. 9, núm. 3, pp. 671-688, en: <https://www.redalyc.org/pdf/727/72709319.pdf>